

AC 20 25

AccesoUNED, programa educativo en especial para los alumnos del curso de mayores de 25 años. Curso de acceso directo. Tenemos hoy historia del arte.

Hablaremos de dos importantes movimientos artísticos del siglo XIX. El realismo, refiriéndonos al realismo en la pintura y el impresionismo. Antes de finalizar el mes de abril, sería necesario tener estudiados hasta el tema 36, para que dé tiempo a llegar, con todo el temario de la asignatura, al examen final.

Antes de que acabe abril, es necesario haber visto hasta la lección 36. En el control Jesús Cediell, presentándoos el programa Arturo Manuel Fernández. Estamos de lunes a viernes de 11 a 11 y media de la noche, una hora menos en Canarias, en Radio 3, Radio 4 en Cabra, Calahorra, Badajoz, Valencia, Ciudad Real, Ávila y Soria, Radio 5 en Barbastro y emisoras colaboradoras de Radio Reynosa y Radio Aragón de Calatayud.

Vamos ya al contenido del programa de hoy. El realismo es un movimiento artístico amplio, aunque aquí nos vamos a ocupar del realismo pictórico. ¿Realismo es un término que se opone al de abstracción? Filosóficamente sí, pero no en nuestro contexto.

Nos referimos por realismo a algo muy concreto, a la corriente pictórica que tiene su auge entre dos importantes movimientos revolucionarios de signo burgués. La revolución del 48 y las modernizaciones políticas y procesos de integración nacionalista que en diversos países europeos tienen lugar a la altura de 1870. El realismo se da sobre todo en Francia, desde donde irradia a otras naciones europeas y por supuesto, además de en pintura, también se da en literatura.

En los últimos 40 años ha habido una cierta ambigüedad en el uso del término realismo. La defensa o la crítica del realismo ha partido siempre de un punto de vista erróneo cual es el de suponer que el arte es algo distinto de lo real, cuando, aunque producto de la imaginación humana y resultado de la elaboración de un creador imaginativo, nada hay más real que el arte. En el arte se plasman técnica, fantasía y voluntad, y en consecuencia todo arte es real.

Cuando se habla de realismo en el arte parece que queremos referirnos a una tendencia por la que se exige al arte que copie una realidad más real que el mismo. Como si un centauro pintado o esculpido fuera menos real que un campesino o un rey con su corte. Cuando se defiende el realismo en el arte parece que se quiere negar la realidad de otras manifestaciones artísticas.

Es muy fácil en este tema caer en un juego de palabras sin demasiado sentido. Pero estas distinciones no son gratuitas. La mayor parte de los defensores del realismo en el arte, cuando se oponen, por ejemplo, a la pintura informal, hacen su defensa en nombre de una realidad exterior que el arte debe de algún modo copiar.

Reducen el arte a mimesis, y olvidan que tan real es el juego decorativo de las formas o el color valorado en sí mismo como la representación más o menos fiel de un referente exterior a la obra misma. Por eso sería mejor hablar de naturalismo al referirse a aquellos movimientos pictóricos, escultóricos o literarios que buscan la inspiración directa en la naturaleza. Es decir, pretenden inspirarse en lo natural.

Para referirse a aquellos movimientos pictóricos, escultóricos o literarios que buscan la inspiración directa en la naturaleza, es preferible hablar de naturalismo antes que utilizar el término realismo. Sin embargo, naturalismo parece aludir exclusivamente a naturaleza y entonces parecería un término excluyente de lo cultural en general. Los manuales de Historia del Arte y la Crítica hablan de realismo en vez de naturalismo.

La cuestión queda clara si bautizamos como realismo al arte que se produce entre 1848 y 1870 en Francia, como hemos indicado al principio. Y es menester entonces profundizar en los detalles de este arte originalmente francés. Los promotores del realismo en Francia, a mediados del XIX, y concretamente su principal defensor, Gustave Courbet, eligieron para sí esa denominación.

Courbet puso debajo de uno de sus cuadros más famosos, Estudio del Sr. Courbet, este subtítulo, Realismo. Entonces entendemos por realismo una actitud en las artes que tiende a dar cuenta de una realidad exterior con una precisión que pudiéramos llamar fotográfica. Encerrado en los dos momentos revolucionarios que marcan 1848 y 1870, influye en el realismo pictórico, así en Courbet, el espíritu de revisión de viejos esquemas de este periodo.

En el siglo XX, en países socialistas, habrá manifestaciones tardías del realismo. La Francia de este periodo era un país rico. Una Francia donde se consolidaba una nueva clase social.

La burguesía, como diríamos hoy, en pleno desarrollo económico. Pero también fue entonces cuando aparecieron los primeros movimientos proletarios. Las ideas socialistas y anarquistas se divulgaron en todos los estamentos de la vida social.

En el año 1840 se había publicado el ¿Qué es la propiedad de Proudhon? y en 1848 apareció el Manifiesto Comunista. Todo este clima de revisión de esquemas tenía que influir necesariamente en la literatura y en el arte. Los viejos temas ampulosos, temas históricos, coloristas y abicarrados habían perdido su sentido.

El escritor y el pintor se vuelven hacia su entorno. Intentan retratar la vida social sin embellecerla. Lo que representan Balzac o Zola en la literatura lo representarán Daumier o Courbet en la pintura.

Pero centrándonos ya en la pintura de este momento, ¿quiénes son entonces los representantes de este nuevo arte realista y qué supone su obra? Suele ocurrir que para entender un fenómeno hay que detenerse en lo que le antecede, lo cual es especialmente cierto en el mundo del arte. Un movimiento es sustituido por otro porque de alguna manera se

agota y muere. No podemos entender el realismo sin hablar de nuevo del romanticismo y en concreto del más grande de los pintores románticos franceses, Eugenio Delacroix.

Aunque también aquí los términos pueden confundirnos. Hay mucho romanticismo en algunos de los paisajes de Corot o de Millet. Un misticismo que poco tiene que envidiar a la fogosidad romántica de Delacroix.

Pero en cambio, ellos nunca serían catalogados como románticos. Se olvida a veces que la historia de la pintura es una cadena de reacciones y tomas. Sin el modo de pintar de Delacroix no existiría Courbet, a pesar de que su pintura es completamente distinta.

Surge como reacción, pero es también su descendiente. Sí, pero Delacroix había elegido temas exóticos, temas en los que podía dejar correr su imaginación y expresar su profundo dramatismo. El romanticismo era un movimiento que colocaba en primer término la exaltación de la pasión y el sentimiento.

Todo es brío e impulso en la pintura de Delacroix. Sus temas, su modo de utilizar su color, la forma de dejar las superficies en suspenso como si nada estuviese terminado, como si el dinamismo invadiera cada uno de sus cuadros. La influencia de Constable, el gran paisajista inglés, fue decisiva.

De él tomó Delacroix una idea muy fértil, conservar en el cuadro terminado la frescura de los primeros bocetos. Esto hacía que sus formas se diluyeran y se fundieran. Frente a estos principios reaccionaría Courbet.

Courbet huirá de los temas grandilocuentes, históricos o bíblicos. Huirá también del folclore y del exotismo. Pero no solo se diferencia de Delacroix por su temática, sino sobre todo por esa concepción de la claridad de la obra, del orden.

Nada es confuso, sino que todo adquiere una contundencia y una plenitud que convierten a Courbet en el precursor de Cézanne. Es como si Courbet hubiera recogido el eco de Sardín y tuviera necesidad de los volúmenes. Para hablar de Courbet como primer representante del realismo pictórico francés resultó obligado referirse antes a un gran caricaturista, Honoré Daumier, y también a la escuela de Barbizon.

Daumier es el gran crítico de su época. Todos los personajes de la vida política o social fueron representados por él. Su realismo es un realismo mordaz, propio de un caricaturista, que realizaba gran parte de su trabajo para publicaciones periodísticas.

Pero en sus óleos, Daumier es un realista con hondas preocupaciones sociales. Algunas de sus obras, como La lavandera y su hijo o El vagón de tercera, están cargadas de un hondo sentido crítico y de un cierto humanismo que no deja de ser amargo. Las formas redondas de Daumier poseen una nobleza especial que le viene por ese dominio del pincel que huye de lo accesorio.

Hay una queja rebelde y airada en las composiciones de Daumier, algo que sigue siendo

romántico. La lavandera viene a ser la sustituta de las odaliscas o las moras de Delacroix, pero tiene su misma grandeza. Antes aludiste a Constable, el paisajista inglés, para señalar su influencia en Delacroix.

Ahora tengo que referirme a él de nuevo, porque fue decisiva su influencia en lo que se denomina Escuela de Barbizón. Y sin embargo, la paleta misteriosa, suelta, sorprendente de Constable está muy lejos de la pintura apacible de los miembros de este grupo. El fundador de la escuela puede ser considerado Theodor Rousseau, paisajista de cierto encanto que se vuelve hacia la naturaleza con una sobriedad y un rigor que tendrían honda influencia en la pintura posterior.

El otro representante del grupo sería Jean-François Millet, pintor de temas campesinos, de fuerte sensibilidad. El paisaje de los cuadros de Millet se hace místico y en alguna de sus obras, como en *El ángelus*, se da una extraña identificación religiosa entre el hombre y la tierra. Pero el más genial representante del realismo fue sin duda Gustave Courbet, hombre prototipo de una nueva mentalidad atea y cientifista que huye de convencionalismos y arrebatos románticos.

Es la imagen de la seguridad, del *savoir faire*. De sí mismo decía, soy el mejor pintor de este siglo y en sus cartas ponía un encabezamiento curioso, Gustave Courbet, maestro pintor, sin ideales y sin religión. Sus obras son el producto de una mentalidad ordenada y clarividente, con formas sólidas, robustas, firmes, con volúmenes que se hacen compactos.

¿Qué temas trata Gustave Courbet? Los temas son los cotidianos, sin adornos ni sentimentalismos. Pinto la verdad desnuda, solía decir, y esa verdad desnuda se impone al espectador no por la temática, sino por su sabiduría pictórica. La madurez de Courbet se inicia en los años 50 y durante 20 años irá creando todo un mundo de formas, donde el color es empleado para resaltar las figuras.

Sus paisajes, sus desnudos, sus retratos tienen un naturalismo que a fuerza de claridad se hace casi mágico. Se le ha reprochado a veces carecer de imaginación, ser un pintor de los que llaman al pan pan y al vino vino, quitando todo lugar a la fantasía. Pero se olvida que la fuerza de Courbet está sobre todo, no en sus temas, sino en el modo de pintar, en la presencia de esos volúmenes y de esa luz que parece acaparada por el paisaje.

Bien, Courbet es el gran pintor del realismo francés. Tras las ideas que hemos expuesto sobre el realismo, vamos a tratar ahora del otro importante movimiento del XIX, el impresionismo, que sustituye al realismo a partir del momento en que éste acaba, 1870. En concreto, en 1874, en que a causa de un cuadro de Claudio Monet, el llamado *Impression*, un crítico de arte denominará impresionismo al arte de una serie de pintores cuya característica básica es la luz.

En la luz se centra todo el interés de la nueva técnica impresionista. La pintura impresionista es al aire libre y la aplicación de los colores la emplean sus pintores con la técnica de la división de la tonalidad, de la división del tono. Se usan colores puros en los cuadros para que sea nuestra

retina la que efectúe la fusión y cruce del nuevo color.

Claudio Monet nace en París en 1840. Pasa su infancia y juventud en Le Havre, donde se interesa por los espacios libres y por los grandes cielos cambiantes. Los contactos con Courbet en 1865 y con Manet acaban de formar su extraordinaria agudeza de visión y su profundo sentido de análisis.

Es el héroe del impresionismo puro al interpretar el incesante cambio de la luz en las diversas horas del día con técnica divisionista, animándola con sombras vivamente coloreadas. En su cuadro Las ninfas presenta una y otra vez las inagotables variantes del color de los reflejos del agua del estanque en un jardín. Claude Monet, genuino representante del impresionismo, interpreta el cambio incesante de la luz en las diversas horas del día con técnica divisionista y animando la luz con sombras vivamente coloreadas.

De él hay que recordar Las ninfas, pero junto a Monet también hay que destacar a Pissarro, que nace en las Antillas Danesas en 1811, siendo el de más edad del grupo. Estudia durante algún tiempo en la Escuela de Bellas Artes y pinta temas antillanos antes de que Monet le convierta a sus ideas. Pissarro es más bien de carácter naturalista y teme un poco la fugacidad de la visión impresionista.

Aspira, como Cezanne, a un contacto más real con las estructuras de la naturaleza. Admirador de Courbet y de Corot, es el más clásico y humano de los impresionistas. En 1883, su encuentro con Serrat y Signac hace que se una por dos años a los neoimpresionistas.

Posteriormente vuelve a su primer estilo. Y junto a Monet y Pissarro también pertenece al grupo impresionista Sisley, nacido en París en 1839, aunque de nacionalidad inglesa. Seducido al principio por el estilo de Corot y de Daubigny y que se incorpora al impresionismo desde 1870 por sentirse muy interesado por la naturaleza.

Al igual que Pissarro, duda de sacrificar el tema a la impresión, lo que le acerca a la Escuela de Barbizon. Sus pinceladas impresionistas nos recuerdan una nostalgia romántica en sus temas dulces, íntimos y mesurados de la isla de Francia. Junto con Pissarro y Monet, representa la tendencia pura del impresionismo.

Monet, Pissarro y Sisley representan el impresionismo puro. Pero a esta corriente pertenece también, aunque con matices diferentes, otro genio, Auguste Renoir, cuya gran obra no creó discípulos. Renoir nace en Limoges en 1841.

No es un teórico ni un intelectual. Su pintura parte de Courbet y si bien adopta el concepto que tienen sus compañeros de una luz que modifica la apariencia de las cosas, esto no constituye para él su caballo de batalla. Recibe sus primeras lecciones frecuentando los antiguos venecianos, Rafael y luego Ingres y Delacroix, esforzándose no en copiarles, sino en penetrar en sus secretos.

A raíz de su viaje a Italia, es cuando viene la ruptura de su obra en 1883, en la que refleja el

dilema que le plantea la necesidad de conciliar los datos razonables de su inteligencia con sus tendencias intuitivas. Entonces se aparta de los impresionistas y halla en la subordinación del color a una sólida arquitectura las respuestas a sus preguntas. En adelante, su obra evidencia los efectos de una sensibilidad a la vez fuerte y delicada, en la plenitud de un arte en el que la composición orgánica establece una serie de milagrosas concordancias entre los objetos de un mismo medio.

Surgen entonces esos desnudos admirables, cuya piel refleja también la luz. Esos desnudos no son toda la obra de Renoir, pero participan, al igual que sus paisajes del Midi, sus escenas de la vida parisina, sus bateleros y sus retratos, de un prejuicio por la felicidad que un talento milagroso hace triunfar de todas las vicisitudes. Y además de a Monet, Pissarro y Sisley como impresionistas puros y a Renoir, también hemos de citar a Degas, cuyos primeros contactos con la vida tienen lugar en el hipódromo de L'Enchant, donde aprende a admirar los caballos cuyo movimiento le cautiva, como también lo harán más tarde las piruetas de las bailarinas.

Degas constituye un nuevo ejemplo de la disparidad existente en el seno de un movimiento al que cada personalidad aporta su propia orientación en función de su medio, de su educación y de su temperamento. Degas, misántropo, inteligente y cultivado, se declara partidario de la razón pura y no teme calificarse a sí mismo de viejo e incorregible reaccionario. Condena el impresionismo de sus amigos que disuelve la línea y el contorno de la composición aunque él lo aplique al movimiento, no al movimiento parado, sino al movimiento que lleva en sí sus lejanas prolongaciones, proeza a la que se presta su talento de dibujante, lo que le hace adaptar en su última fase el pastel.

Fue el pintor oficial de la vida artificial, de los teatros y de los interiores iluminados con gas. Y otra gran figura que hemos de recordar es Cézanne, que se halla en el origen de casi todas las tendencias del arte moderno y que se forma lentamente, siendo al igual que Monet, un conservador. Hasta 1875, que es cuando Pizarro le introduce en el impresionismo, su técnica es confusa.

A partir de entonces sus colores se vuelven más claros y aprende a contemplar la naturaleza aunque no acepta jamás las teorías de Monet, sumergiéndose en el análisis lúcido de la naturaleza considerada, no a la manera impresionista, sino como una realidad viva y funcional. Inicia la progresiva y tenaz conquista de las técnicas que le han hecho famoso, las sensaciones coloreantes o la sugestión del modelado mediante el color en contraste con el claro oscuro, la influencia de la visión privada del recuerdo que alterna la forma de los objetos observados y la sugerencia de la tercera dimensión mediante una concentración de planos coloreados que se superponen en gradaciones sucesivas desde las tonalidades frías de las sombras hasta los tonos cálidos de las luces con lo que crea la sensación de profundidad en una composición rigurosamente plana. Obras suyas son La montaña Sainte-Victoire, La vista del Castillo Negro, El muchacho del chaleco rojo, La cabaña de Jourdan... En 1883, Paul Cézanne pinta en l'Estac.

Monet muere y el grupo impresionista se desintegra y aparece una nueva generación con

Serrat, Van Gogh y Gauguin. Gauguin tiene como primer maestro a Pissarro pero pronto discrepa de él pues descubre en la pintura de grandes superficies la técnica que mejor cuadra a su amor por la libertad y por los vastos espacios. En 1886 se instala en Bretaña y se crea en torno suyo la Escuela de Pontareu.

Allí pintó su cuadro La Belle Angele. El color de este cuadro es arrebatador. Marcha a Tahití en 1891.

Su época en la isla es la edad de oro de su arte. Transcribió la vida de los indígenas en cuadros sensualmente encantadores. Su colorido es radiante y fascinador y están llenos de melodiosos ritmos lineales.

Cuando al cabo de dos años regresó a Francia había establecido lo primitivo decorativo como uno de los campos principales que el joven grupo de artistas franceses modernos había de explorar. Algo de Tahití, de 1891 al 93, puede hallarse en las obras salvajes de los Faubes de 1905. En 1895 vuelve a Tahití y muere allí en 1903.

Las obras más importantes de Gauguin son Mujeres indígenas en su choza, Tahitianas en el baño, El caballo blanco y El espíritu de los muertos al acecho. Gauguin, el gran pintor de Tahití. En lo que respecta a Van Gogh, nace en 1853 en una pequeña ciudad holandesa cerca de la frontera belga.

Crece en un medio en que la religión y la música son predominantes. Después de varios oficios, en 1880 se dedica a pintar. Estos primeros cuadros están reunidos en el llamado periodo holandés.

Poseen y evocan un lejano parentesco con los viejos maestros intimistas de su país. El cuadro representativo de esta época es el llamado comedores de patatas. En 1886 se traslada a París.

Allí le acogen el impresionismo y el puntillismo. Traba amistad con Serrat, Gauguin y Toulouse-Lautrec. Su color se aclara, su técnica se moderniza, aunque su pintura no acaba de evolucionar.

Será en Arlés donde su búsqueda se concrete. 1888. De Arlés serán sus cuadros titulados Los vergeles en flor, los girasoles, el cartero roulant.

Poco a poco aparece en su pintura el color con una poderosa visión de síntesis no conseguidos con mancha, como en el caso de Gauguin, sino mediante una pincelada enérgica, dinámica y concentrada. Para él, el color tiene un tono preciso porque posee en sí un alcance simbólico, dejando de ser una abstracción para convertirse en realidad. El pintor expresa con los colores verde y amarillo su estado dramático.

El negro es síntoma de mal presagio. Con el amarillo expresa la amistad y el amor. Sus obras más famosas son La iglesia de Auvers, El jardín del manicomio, Autorretrato, La habitación de Van Gogh y El café por la noche.

El paso de Vincent Van Gogh apenas fue advertido por los artistas que se afanaban de diversos modos para abrir nuevos caminos al arte. Solo en breves ocasiones había participado en las reuniones y tampoco era hombre para tener alumnos. No es seguro que durante los diez años que siguieron a su muerte hubiera nadie que se inspirara en su obra.

Gauguin había de tener imitadores y casi una escuela que seguiría sus huellas antes de unos pocos años. Pero lo que había de tener importancia, aún siendo menos fácil de comprender, sería la actitud de Van Gogh ante el arte. Además, sus pinturas habían de empezar por cobrar popularidad en los Países Bajos.

Era perfectamente posible incluir a Van Gogh en una ulterior agrupación de maestros post-impresionistas si se le medía con las mismas medidas empleadas para valorar a otros artistas como Cezanne. Es decir, había sido anti-académico y anti-realista. Había luchado para empezar en una nueva sencillez.

Había abandonado los valores aparentes de la naturaleza y se había propuesto construir pinturas que tuvieran una intensa vida propia. Y gracias a un poder de imaginación que residía en él y a un estudio de las obras orientales que le es común con todos los maestros post-impresionistas, había aportado a sus cuadros, en el periodo capital de Arlés, suficiente calidad formal y ritmo especial y plástico para destacarle en el orden creador como un hermano de Cezanne y Gauguin. En sus cuadros, el apartado formal no es tan fácil de rastrear como en las obras de esos otros autores, aunque a veces los volúmenes están situados en el espacio con la misma elocuencia, especialmente en los retratos, o los planos están dispuestos con la misma eficacia, en orden secuencial, que en los menos abstractos estudios de Cezanne.

En el empleo del color y de la textura, es tan audaz y generalmente tan afortunado como aquellos maestros. Pero al final, su pintura vino a profetizar toda una corriente de modernismo por obra de su intensificada expresión emotiva y del irracional derrame de su excitación personal. Bien, dos temas de arte densos los que hemos trazado hoy.

Recordemos a Delacroix, el gran pintor del Romanticismo francés. A Courbet, el primer gran representante del Realismo. Al gran caricaturista realista Honoré Daumier y a la escuela de Barbizon.

Y ya dentro del impresionismo, recordemos a los impresionistas puros, Monet, Pissarro y Sisley, y luego a otros genios como Renoir, Degas y Cezanne. Confiamos en que las ideas expuestas en el programa os sirvan de punto de partida para analizar la obra de estos pintores en libros de arte donde se encuentren reproducciones de sus cuadros. Y hemos llegado al final del programa de esta noche.

Recordamos a los alumnos de Historia del Arte que antes de finalizar el mes de abril es necesario tener estudiada hasta la lección 36, volumen número 2, para que dé tiempo a llegar al final antes del examen de junio. Muchas gracias por la atención prestada y buenas noches. Con Arturo Manuel Fernández y Access UNED despedimos como cada día este tiempo

educativo y cultural de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Y mañana a partir de las 9 de la noche nos ocuparemos, entre otras cuestiones, de economía, sociología y filosofía. Hasta entonces, buenas noches. DISTANCIA DISTANCIA SUBTÍTULO SOLOCHILENOS4